

La Campaña

semanario anarcosindicalista - información y debate anarquista

Cuaderno

especial

Miguel Carballido



Textos que siguen vivos

BREVE ANTOLOGÍA DE ARTÍCULOS DE MIGUEL CARBALLIDO PUBLICADOS EN LA CAMPANA EN DEFENSA DE LA ACCIÓN ANARCOSINDICALISTA

12 de abril de 2008

1º de mayo de 2008

SISTEMA DE PENSIONES: SOCIALIZAR EL GASTO. PRIVATIZAR EL BENEFICIO

Artículo publicado en La Campana, II Época - nº 3, del 19.02.1996

Decía **Noam Chomsky**, en un artículo reciente, que “la propaganda es a la democracia lo que la cachiporra al estado totalitario” y en esas estamos en lo que se refiere al debate sobre la reforma de las pensiones que se está dando en España y, en general, en todos los países de la CEE. El pistoletazo de salida lo dio Emilio Botín (estupendo y definitorio apellido para un banquero), presidente del Banco Santander, hace más o menos un año cuando propuso la “necesidad” de la privatización de las pensiones ante el peligro de quiebra del sistema público. Demasiado descaro, demasiado burda la intencionalidad de tal propuesta, pensamos muchos sin más preocupaciones. Error. Más tarde vendría la propaganda, todo el bombardeo de falacias presentadas como argumentos nacidos del más riguroso y objetivo de los análisis.

Son varios los argumentos que se vienen manejando en apoyo de ese peligro de quiebra, cada cual más peregrino que el anterior: el progresivo envejecimiento de la población, el aumento del déficit público que origina el actual sistema de reparto, las excelencias del sistema de capitalización de los fondos privados de pensiones, etc ..

No pretendo aquí demostrar la falsedad de tales planteamientos realizando sesudos análisis técnicos porque, aparte de que no soy economista, creo que es un error. Un terreno resbaladizo en el que ellos, los “decididores”, se mueven como pez en el agua. La táctica ha de ser otra bien distinta. Es necesario desenmascarar no su estrategia, sino su objetivo que no es otro que el obtener más beneficio a costa de los de siempre.

Hay que tener en cuenta que el capítulo de las pensiones absorbe la parte cuantitativamente más importante de la protección social, por lo que en su reducción o modificación encuentran los empresarios un medio adecuado para disminuir también las cotizaciones sociales y, por ende, los costes laborales. También el ataque al sistema público, acentuando su inviabilidad, conlleva la posibilidad de expandir los planes privados, bocado muy apetitoso para Bancos y aseguradoras. Es necesario recordar que los trabajadores no seríamos los dueños del capital invertido en los fondos privados de pensiones, ya que hasta la edad de jubilación no se puede recuperar el dinero aportado ni las ganancias. Se nos dice que ahorremos, pero otros serán los que se apropien de la capacidad de decisión y enorme poder que proporciona la acumulación de tal cantidad de dinero. En efecto, los tres primeros fondos privados de pensiones americanos -Fidelity Investments, Vanguard Group y Capital Research-, contro-

lan la friolera de 500 mil millones de dólares. En palabras de Ignacio Ramonet, director de Le Monde Diplomatique: “*Los gerentes de estos fondos concentran en sus manos un poder financiero de una envergadura inédita que no posee ningún ministro de economía o gobernador de banco central. En un mercado convertido en planetario e instantáneo, cualquier desplazamiento brutal de estos auténticos mamuts de las finanzas puede conllevar la desestabilización económica de cualquier país. Su fabulosa riqueza es totalmente independiente de los gobiernos y se desenvuelven a su antojo en el ciberespacio de las geofinanzas. Sin contrato social, sin sanciones, sin leyes*”.

No hay, pues, ninguna garantía de que los fondos de pensiones generados en un país se inviertan en el mismo, con lo que, lejos de los beneficios económicos que nos prometen, el nuevo sistema produciría una fuga de recursos e incrementaría el paro en el interior. Pero, con ser esto un enorme peligro para los trabajadores, no radica ahí, por el momento, el verdadero riesgo ya que ningún partido político podría asumirlo abiertamente sin suicidarse electoralmente. El peligro actual se encuentra en la progresiva modificación y reforma del sistema público, orientada siempre hacia una paulatina, pero implacable, reducción de las prestaciones. En este sentido, el llamado Pacto de Toledo firmado el pasado año por todos los partidos políticos y bendecido por U.G.T.



y CC.OO., lejos de ser, como se pretende, una garantía para los jubilados, constituye el anuncio de un progresivo deterioro de las pensiones.

El grupo de expertos del Ministerio de Trabajo, que ha elaborado un informe sobre la Seguridad Social, analiza así los efectos de cada una de las reformas recogidas en el Pacto de Toledo:

Equiparación del peso de todos los años cotizados: En la actualidad, una persona que pague a la Seguridad Social durante los 15 años mínimos exigidos recibe el 60% de la base reguladora. Cada uno de esos años “vale” un 4%. Esta medida supone que cada año de cotización “valdrá” igual para calcular la pensión. Es decir, se reduce el porcentaje a aplicar a la base reguladora. Dicho de otra forma, un trabajador con una base reguladora de 100.000 ptas. que haya cotizado 15 años recibe una pensión de 60.000 ptas. Con la nueva fórmula y la misma base reguladora, la pensión por 15 años cotizados bajará a 42.750 ptas. Con ello se prevé un ahorro del gasto en pensiones del 1,4% en el año 2000, del 4,22% en el 2015 y del 5,16% en el 2030.

Retraso en la edad de jubilación: Un retraso de dos años en la edad de jubilación recortaría el gasto en un 3,42% en el año 2000, el 3,99% en el 2015 y el 4,83% en el 2030.

Ampliación de los años para el cálculo de la pensión: Consiste en un aumento, de forma paulatina, del número de años tenidos en cuenta para la base reguladora de las pensiones de jubilación e invalidez, pasando de los ocho años actuales hasta un máximo de 15 años. De esa forma, se produciría un ahorro del 0,23 % en el año 2000, del 1,2% en el 2015 y del 1,73% en el 2030.

Mayor proporcionalidad en la pensión de invalidez: Con esta reforma se pretende que el cálculo de las pensiones de invalidez permanente guarde directa relación con el grado de incapacidad reconocido y la cotización previamente realizada. El ahorro estimado sería del 0,67% en el año 2000, del 2,1 % en el 2015 y del 2,48% en el 2030.

Queda claro, pues, que la propaganda funciona ya que, por lo pronto, ya han conseguido que no nos acordemos de las críticas al actual sistema público de pensiones por restrictivo y porque deja a muchísimas personas bien sin protección o bien con una pensión de miseria. Ya se sabe, aquello de que “virgencita, que me quede como estaba”. Si la cosa funciona, pingües beneficios para la Banca y si no, Pacto de Toledo más restrictivo al canto. La mordida está asegurada.

RECETAS CON INTERÉS ... ECONÓMICO

FMI: Curar no curará, pero ¡ahora! anuncia que el enfermo se está muriendo

Comentario en La Campana, II Época, nº 92 del 12.10.1998

Parece que desde ayer, ya todo el mundo sabe lo que nosotros ya conocíamos, por sufrirlo, desde mucho tiempo atrás y veníamos diciendo en La Campana: que aquellos gobiernos y gobernantes de multitud de países que habían optado por seguir las recetas y dictados del Fondo Monetario Internacional (FMI) se habían enriquecido muchísimo al mismo tiempo que llevaban a sus países a la ruina y a la desgracia.

Hasta el propio FMI ya casi reconoce que las cosas son realmente así. Pero como aquél médico de triste fama que acababa con la vida de todos sus enfermos y del que las gentes decían no saber decir si su arte era de curar o matar, el FMI sigue ofreciendo la misma solución a todos los problemas y cantando la misma perorata a quienes no tienen más remedio que aguantarlo.

En la Asamblea general de otoño (finales de septiembre, principios de octubre), el FMI presentó su informe sobre la Panorámica Económica Mundial, en el que se reconocía la gravedad de la crisis del capitalismo mundial y sus posibles efectos sobre multitud de países ya depauperados. La terrible miseria a que la codicia del dinero condena a cientos de millones de personas en todo el mundo está provocando tensiones y estallidos sociales -hasta ahora sin norte ni futuro, sólo por pura desesperación y rutina de la miseria, pero no menos incendiarios- que empiezan a preocupar a los dueños de fincas con césped. En consecuencia, el FMI ha reducido las previsiones de crecimiento mundial de un 3,1 % al 2% en 1998 y del 3,7% al 2,5% para 1999, lo que acarreará nuevos problemas a todos, pero sobre todo a los países y poblaciones más pobres.

Porque en esto reside la estúpida gracia de este sistema mundial que los FMI, Bancos Mundiales y demás están imponiéndonos: que llaman crecimiento al mayor desastre, pero sin que ello quiera decir que frenar o parar ese crecimiento -recesión económica, le llaman- no provoque el inmediato colapso del sistema y, con ello, el paro generalizado, la miserabilización general y, en consecuencia, la inevitable violencia de unos y otros, de los muchos por lograr el pan y de los menos por acaparar los bienes.

Así pues, en este octubre, los neo liberales del FMI quieren avisarnos de los males que nos han traído y anunciamos que no podemos dejar de producir basura (ellos mismos), porque es la producción y movimiento de basura lo que sostiene el sistema social.

CONCERTACIÓN SOCIAL: ¿TU VOZ TIENE AMO, COMPAÑERO?

Publicado en La Campana, II Época, nº 9 del 01.04.1996

El *panorama socio-laboral* que se divisa desde estas alturas de siglo no puede ser más desolador. Nos ha tocado vivir una época de “Pax Romana”, una especie de paz de cementerio, de la que ni los más optimistas se atreven a aventurar una posible salida. Datos fríos y objetivos que demuestran que esto es cierto los hay a miles, pero también hay actitudes individuales que, a nivel psicológico, corroboran esta apreciación de derrota. Existen compañeros militantes de “toda la vida” que dicen, sin decir, que tienen la sensación de haber malgastado su juventud en el sindicato, entregados a una causa perdida. De esta forma, el testigo que nos pasan a los más jóvenes no es el de la lucha, sino el de “ahora te toca a ti perder tus mejores años”.

El momento es hartamente difícil, hasta el punto que ni siquiera podemos decir que nadamos contra corriente, sino que estamos atrapados en el marasmo de la concertación-control social; en un charco de agua estancada y cenagosa, llenos de barro hasta las cejas. Mirando hacia atrás (con ira) podemos hacernos una idea de qué polvos vienen estos lodos; ver cómo ley tras ley, decreto tras decreto, pacto tras pacto, se ha ido tejiendo una tremenda camisa de acero que maniatada y asfixia hoy a la clase obrera, amenazando, incluso, con amordazarla para que ni siquiera se puedan oír sus gemidos.

Al principio fue el Verbo, y el Verbo eran los Pactos de la Moncloa. Después vendrían las elecciones sindicales, el Decreto-Ley sobre Relaciones de Trabajo que regulaba el derecho de huelga, el Acuerdo Marco Interconfederal (AMI), la Ley del Estatuto de los Trabajadores (ET), el Acuerdo Nacional sobre Empleo (ANE), el Acuerdo Interconfederal (AI), el Acuerdo Económico y Social (AES), la primera reforma de las pensiones, la Ley Orgánica de Libertad Sindical (LOLS), el Plan de Convergencia, el “Decretazo”, la reforma del Estatuto de los Trabajadores, el Acuerdo sobre Solución Extrajudicial de Conflictos, el “pacto catalán” ... sin olvidar los sucesivos decretos que amparan todos los contratos temporales y contratos basura, las infinitas firmas-claudicaciones de Convenios Colectivos, cada cual peor que el anterior.

Mientras todo esto sucedía, el Capital se reía a mandíbula batiente y los anarcosindicalistas perdíamos nuestra capacidad de lucha y de respuesta enfrentados entre nosotros con peleas fratricidas (a imitación de los comunistas), dolorosas y estériles, a raíz de aquel

Congreso, de maldito recuerdo, que todavía hoy sigue proyectando una negra sombra de división, ceguera y dogmatismo.

¿Y las respuestas? Muy pocas (destacándose entre ellas la famosa huelga general del 14 de diciembre de 1988), vendidas en multitud de mesas de negociación y que sirvieron casi exclusivamente para que los sindicatos mayoritarios obtuvieran todavía más prebendas en materia de subvenciones, condonaciones de deudas con la Seguridad Social, cursillos de “formación”, etc. etc .. Las consecuencias de esta falta de confrontación son bien visibles: los sindicatos mayoritarios convertidos en pilares sustentadores del Estado del Bien Estar del Capital (o Democracia) y los trabajadores divididos, humillados, individualistas, perdida por completo la conciencia de clase, divorciados de toda idea de asociación, de solidaridad y de apoyo mutuo. En este contexto, cualquier negociación, ya sea individual o colectiva, con la Patronal se convierte en una especie de lotería para perdedores en la que a la gran mayoría de los trabajadores nos toca pagar y perder, una y otra vez, hasta el infinito.

Vemos, pues, que el llamado nuevo orden mundial es como el viejo con otro disfraz y que sus reglas básicas siguen siendo las mismas: los débiles están sometidos a la fuerza de la ley, mientras los poderosos se sirven de la ley de la fuerza; se imponen a los pobres los principios de la “racionalidad económica”, mientras los ricos se aprovechan del poder y de la intervención del Estado. Pero, precisamente por eso, porque todo sigue igual, el final de la historia todavía no está escrito. Quedan aún muchas batallas en las que debemos estar todos aquéllos que llevamos la rebeldía por bandera. Es necesario que perdamos el miedo, simplemente porque no tenemos nada que perder; es necesario que cada trabajador en paro saque a la luz su miseria, sus necesidades, sus reivindicaciones; es necesario que cada trabajador con contrato basura escupa contra el Poder su explotación y su humillación. A falta de un mes para el 11º de Mayo, debemos imbuirnos del espíritu que guiaba a aquellos que entregaron sus vidas por una sociedad más justa. Se lo debemos a ellos y a nosotros mismos.

Porque nuestra voz, nuestras voces, no tienen amo.

MIGUEL CARBALLIDO

¿QUO VADIS, ANARCOSINDICALISMO?

Publicado en La Campana, II Época, nº 18, del 10.06.1996

Pocas, digo bien, pocas veces se ha dado la circunstancia de que en una organización obrera se haya pasado, con una diferencia de apenas diez años, del debate ideológico constante a la falta absoluta del mismo. Del vergel al páramo, del desbordamiento a la sequía. En los años inmediatamente posteriores a la legalización de la C.N.T., realizada en marzo de 1977, no era extraño que un trabajador, afiliado o no, acudiese a un local a pedir apoyo o ayuda para sus problemas cotidianos, es decir, los verdaderos problemas, y se encontrase con algún iluminado que le hiciese jurar, con la mano puesta sobre los sagrados textos, fidelidad eterna a la causa anarcosindicalista. Eran los años del carnet ideológico, años de ilusión, de ganas de hacer, en los que se tenía la sensación de que *se podía* y en los que nadie se preocupaba ni del reloj ni del calendario para fijar las reuniones; buenos tiempos para la lírica. Pero también eran tiempos en los que todo aquél que pretendiese pensar o hablar de otra cosa que no fuera de principios, tácticas y finalidades, corría el riesgo de ser tildado, al más puro estilo bolchevique, de reformista y de ser despreciado para la causa sin el menor asomo de piedad o de duda. La palabra *realidad* en boca de cualquiera era la señal de alarma para que los «gatillos fáciles» desenfundaran, rápidos como el rayo, el revólver cargado con balas en forma de citas literales y literarias de los maestros Miguel, Pedro, Anselmo, Buenaventura, Federica, etc.

Aún así, con plomo en las alas, el anarcosindicalismo consiguió resistir las inseguridades de los cuarenta años de silencio *sepulcral*, las embestidas de la Patronal, de los sindicatos mayoritarios, de El País y de Martín Villa alias «Caso Scala», y llegar al final del año 1979 con la C.N.T. convertida en alternativa real en un instrumento útil para la clase obrera en su lucha diaria contra la explotación. Pero llegó aquel congreso en el que, ahora lo sé, estaban depositadas la mayor parte de los anhelos y esperanzas de los trabajadores con conciencia revolucionaria y que resultó ser un enorme fiasco; aquel congreso en el que todo se vino abajo cual castillo de naipes y en el que toda esperanza se diluyó como azucarillo en el agua. Ya se ha dicho muchas veces, pero quiero vomitarlo una vez más: el anarcosindicalismo salió de allí herido de muerte, convirtiendo a sus hijos en hijos de la derrota y del resentimiento, dibujando en los rostros de sus enemigos una inmensa sonrisa de felicidad y de alivio. Estoy seguro de que en aquel fracaso están muchas de las causas del aborregamiento generalizado del movimiento obrero a lo largo de todos estos años en este país. Si de allí hubiese salido una C.N.T. unida ... (suspiro). Y así, agonizando, con sangría de militantes, cazas de brujas, asaltos de locales, denuncias en los tribunales, intentos de reunificación, peleas por las siglas y por la «pasta» del Patrimonio Histórico, más divisiones (Solidaridad Obrera) y canalladas varias, hasta hoy.

«... Baste como ejemplo, el que ya son al menos tres las organizaciones sindicales que se reclaman anarcosindicalistas, C.N.T., C.G.T. y Solidaridad Obrera, aunque en cualquiera de ellas es cada vez más difícil encontrar el grano fecundo y más fácil ser rodeado de mera paja ...», decía el editorial del número 0 de La Campana. Es difícil, por no decir imposible, estar en desacuerdo con tal afirmación, pero aún podría ir más lejos en la observación puesto que esos tres bloques, lejos de ser homogéneos, ahondan todavía más en la división con continuas peleas internas. Los compañeros de S.O. han de soportar el pesado lastre de haber abandonado, en medio de la tormenta, un pequeño barco para irse a una chalupa; en la C.N. T. siguen recitando de corrido el catecismo y pensando que sus enemigos de clase están en la C.G.T. Un ejemplo de esta absurda actitud lo hemos podido observar en Vigo, donde no hemos podido ver ni una misera pintada contra Telepizza en apoyo a su propia campaña de denuncia de la explotación de sus trabajadores, pero sí una en la que se acusa a la C.G.T. de vendidos a la patronal; la C.G.T. tiene una cuenta pendiente desde ya algunos años con la celebración de un congreso ideológico, por más que la mayoría de sus militantes piensen que es una pérdida de tiempo habida cuenta de cómo están los tiempos. Hoy, en esta organización, los «gatillos fáciles» desenfundan a la voz de *ideología* y sus balas llevan inscrita una única palabra: *realidad*. Sin maestros, sin memoria, sin debate ideológico.

Las consecuencias de toda esta confusión son verdaderamente nefastas. El anarcosindicalismo ha dejado de ser la lúcida vanguardia del movimiento obrero para situarse en un ignominioso furgón de cola, sin perspectivas, sin visión y sus militantes viajan en ese furgón mirando el paisaje desde una única ventanilla.

Compañeros de C.N.T., de S.O. y de C.G.T., ¿para cuándo la unidad en la lucha? ¿Para cuándo el debate sereno? Los trabajadores esperan.

MIGUEL CARBALLIDO



ELECCIONES SINDICALES. ¿LA LEY DEL NÚMERO?

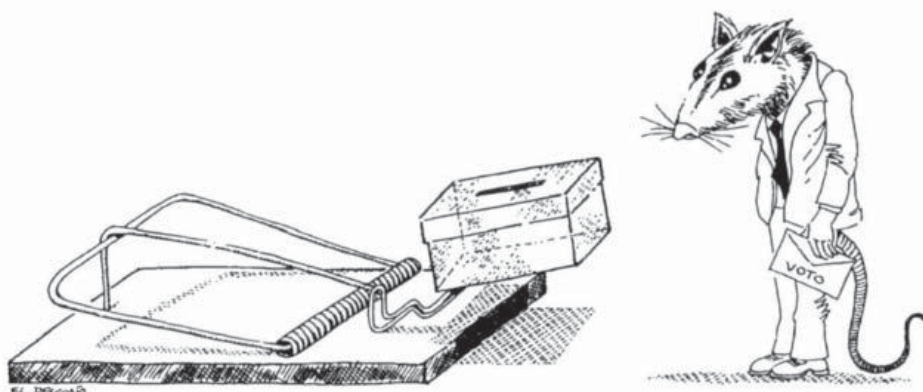
Publicado en La Campana, II Época, nº 11, del 15.04.1996

Sabido es que el sufragio universal fue rechazado en un principio por los poderes fácticos, por miedo a que el voto libre del pueblo significase el comienzo del fin del viejo orden social. En aquellos momentos, la mayoría de los trabajadores creían sinceramente que en el voto tenían un arma poderosa para poder destruir el sistema desde dentro, pensando ilusamente que si aupaban al poder a un representante suyo, éste defendería sus intereses a capa y espada si fuese necesario. Pronto se vio que «algo» fallaba en este esquema, puesto que a los comicios electorales acudían partidos obreros, consiguiendo, a veces, representación suficiente como para poder cambiar algo sustancial en favor del pueblo trabajador y, sin embargo, no sucedía así, consiguiendo, en el mejor de los casos, reformas inocuas que en casi nada mejoraban la explotación y miseria existentes. Pero esta experiencia, repetida hasta el infinito e incluso agravada con la participación en diferentes gobiernos de partidos de izquierdas, no fue lo suficientemente esclarecedora como para que la mayoría de los trabajadores cayeran en la cuenta de que aquello era una mera distracción que los mantenía ocupados en esperanzas vanas, impidiéndoles pensar en sus verdaderos problemas y en las verdaderas soluciones que requerían. Con «algunas» contradicciones de por medio, fueron los libertarios (anarquistas y anarcosindicalistas) los únicos que denunciaron la farsa electoral, argumentando que el poder corrompe todo lo que toca; que nadie está a salvo de esta corrupción, ni siquiera el más revolucionario; que no se podía delegar en nadie la responsabilidad y libertad de todos y cada uno; y, en fin, que quien habla por voz de otros, habla por boca muerta.

Nada de lo anteriormente dicho ha cambiado a día de hoy. El sistema electoral propio de las democracias representativas sigue siendo una farsa y los libertarios seguimos denunciándolo como tal. Pero cuando se decidió trasladar el mismo esquema político al ámbito sindical, estableciendo las elecciones sindicales para decidir la composición de comités de empresa y delegados de personal, empezaron los problemas y las contradicciones para los anarcosindicalistas, para la C.N.T. en concreto, que desembocaron rápidamente en enfrentamientos viscerales y la escisión en dos organizaciones, a raíz de la celebración

del V Congreso en el año 1979. A este Congreso se llegó con dos posturas claramente enfrentadas: los partidarios de participar en las elecciones y los que las rechazaban de plano. Esa diferencia tenía un punto en común, ya que tanto unos como otros coincidían en pensar que las elecciones sindicales no significaban otra cosa más que una «fagocitación», una integración-control en el sistema, de las reivindicaciones obreras, desactivando su carga revolucionaria y reduciendo la lucha de clases al ámbito de una mesa de negociación «representativa». Al igual que las elecciones políticas, las sindicales fueron concebidas para mantener domesticado al movimiento obrero. Con ello eliminaban, de paso, a aquellas organizaciones obreras radicales e independientes de todo partido político que basaban su acción sindical en la acción directa, sin admitir ningún tipo de componendas ni intermedios entre el empresario y el trabajador. Pero, a pesar de ello, los partidarios de la *participación* argumentaban que era necesario entrar en el juego electoral puesto que, de lo contrario, la Organización se moriría lentamente de pura inanición, debido a las enormes dificultades con las que se toparía para desarrollar la acción sindical en las empresas. Elecciones sindicales *no como principio, sí como táctica*, era básicamente el criterio que defendían. Había que estar en los comités de empresa para vaciarlos de contenido y seguir potenciando la acción de las secciones sindicales.

Ni el sentido común, ni la tolerancia, se impusieron en aquel Congreso. En vez de adoptar la estrategia de la experiencia, de que cada Sindicato decidiese libremente qué criterio seguir y que el tiempo diese la razón a quien la tuviese, el dogmatismo hizo acto de presencia ... y la ruptura se consumó. La resolución del Congreso fue la de no participar en las elecciones sindicales y reafirmarse en los principios,



tácticas y finalidades del anarcosindicalismo ortodoxo, en contra los acuerdos de la mayoría de los sindicatos presentes. Estos decidieron impugnarlo y celebrar, varios meses más tarde (julio de 1980), un Congreso Extraordinario en Valencia, cuyas consideraciones estratégicas, con respecto a las elecciones sindicales, creo necesario recordar aquí: « *las contradicciones internas han tenido casi siempre su origen en posiciones dogmáticas e intransigentes pretendidamente anarcosindicalistas, pero que han caído en posiciones contrarias a los planteamientos de clase y en otros casos en posiciones reaccionarias o vanguardistas (.. .) El análisis que la C.N.T. debe hacer de las elecciones afrontadas con el relativo éxito conocido por todos, ha de superar al maximalismo, dejando al margen los tópicos de siempre, pero también evitando caer en el posibilismo cómodo que por falta de alternativa real podría limitar nuestro trabajo a largo plazo (.. .) Las elecciones sindicales han tenido diversas consecuencias y queremos destacar las siguientes: aislamiento de nuestros militantes en las empresas (donde no se han presentado); arrinconamiento de nuestra organización; disminución progresiva de la afiliación; dificultad, cada vez más acusada, de dar a conocer nuestras siglas y la alternativa global en un espectro más amplio del movimiento obrero (.. .) Ante tal situación y la necesidad de crear organización para que un día los trabajadores podamos enfrentarnos a la patronal y al Estado, es necesario desistir del boicot testimonial, aceptando la participación representativa en función directa al grado de concienciación de los trabajadores y no al voluntarismo sin fuerza real (.. .) Se entiende por ello que la C.N.T. puede anunciar a los trabajadores que se presenta a las elecciones sindicales con una coherencia definida y sin engaños. Se presenta como Sindicato, para poder disponer de la movilidad necesaria que ahora no se le permite. Que la C.N.T. se compromete a seguir desarrollando el sindicalismo revolucionario que la ha caracterizado ... ».*

Después de este Congreso, vendría el de Unificación, en 1984, en el que sólo una pequeña parte de la organización se negó a participar, denunciándolo ante los tribunales. Más tarde, en 1989, la sentencia del Tribunal Supremo declarando ilegal el Congreso de Unificación ... y el cambio de siglas. Aquellas consideraciones estratégicas con respecto a las elecciones sindicales, son hoy, pues, de la C. G. T. (o al menos así quiero creerlo).

Llegados a este punto, la pregunta oportuna sería: ¿quién tenía, tiene, la razón? Confieso que tengo serias dudas al respecto, a tenor de la situación y de la trayectoria tanto de la C.N.T. como de la C.G. T. (si añado en la terna a Solidaridad Obrera, lo único que consigo ya es un fuerte dolor de cabeza). Ni los unos ni los otros hemos podido evitar a lo largo de todos estos años la

caída en picado del movimiento obrero, con elecciones sindicales o sin ellas. La C.N.T. está sumida en un marasmo del que difícilmente podrán escapar si sus sindicatos siguen tan vacíos de trabajadores como hasta ahora, y sobre todo, si siguen con su actitud de encerrarse en la urna de cristal de los principios, tácticas y finalidades sagrados e impolutos. Por su parte, la C.G.T., si bien ha crecido tanto en afiliación como en representación y cuenta con expectativas razonables de seguir haciéndolo, no lo ha hecho gratuitamente. Bastante piel anarcosindicalista se ha dejado por el camino. Las diferentes concepciones (a veces abismales) de la organización que tienen los afiliados y militantes que van llegando, la mayoría de ellos sin saber exactamente qué es el anarcosindicalismo (a muchos ni les importa), constituyen una carga de profundidad programada para estallar en el seno de la C.G.T., no sé si a corto o a largo plazo. Al déficit de militancia y de participación, generalizado en todas las organizaciones obreras, hay que añadir las graves carencias de formación (sindical e ideológica) de los nuevos afiliados. ¿Cuántos sindicatos explican a su afiliación los criterios en base a los cuales la C.G.T. se presenta a las elecciones sindicales? ¿Cuántos explican que éstas constituyen únicamente un medio, ni siquiera un medio al que no se pueda renunciar, y nunca un fin? ¿No se está enfocando cada vez más la actividad sindical diaria de cara a obtener mejores resultados en la próxima cita con las elecciones? Es difícil pensar que las perversiones que crea la dinámica electoral, delegados no afiliados, elaboración de listas con nombres “de favor”, abandono paulatino de la sección sindical, etc., no afecten a la C.G.T.. Es difícil pensar que las subvenciones estatales no afecten nunca a la independencia de la Organización. Es difícil creer que los liberados se resistan siempre al inevitable «olvido» de la realidad del tajo que se produce cuando se está mucho tiempo fuera de él. No acabo de tener muy claro que la C.G.T. no esté contribuyendo al afianzamiento de la educación-costumbre de la mayoría de los trabajadores en descargar sus propias responsabilidades en los «elegidos», al afianzamiento del «para eso están». Ciertamente es que los locales han de estar abiertos, único modo de que entre savia nueva. Pero también es cierto que, muchas veces, sólo entran resabiados de los sindicatos mayoritarios. ¿Se puede confiar en que dejen en la puerta los «vicios» del modelo organizativo del que provienen? ¿Están los sindicatos de la C.G.T. preparados para llevar a cabo los enormes esfuerzos de formación que estos nuevos afiliados requieren?

Cada vez que la C.G.T. pide a un trabajador que deposite su voto en una urna, ¿no le está pidiendo que remache las cadenas de su opresión?

LOS SINDICATOS, ¿HERRAMIENTAS REVOLUCIONARIAS?

Publicado en La Campana, nº 26, del 23-09-96

Desde que la vi no puedo evitar el pensar en ella constantemente. Me refiero a aquella escena, enorme, de la película “Un lugar en el mundo” en la que el protagonista, Federico Luppi, le prende fuego a la cosecha de lana que la cooperativa había conseguido reunir con mucho esfuerzo, a pesar de que, salvo él mismo, todos los integrantes de la cooperativa habían decidido vendérsela, a bajo precio, al cacique de turno. Esa venta significaba la claudicación de la lucha del grupo contra el terrateniente. Antes, en los comienzos de la cooperativa, todos eran partidarios del enfrentamiento. Ahora, sin embargo, tienen miedo a perder lo poco que han conseguido, tienen miedo de *pasarse de la raya*. Paradójicamente, lo ya conseguido, la lana, no actúa como estimulante para seguir profundizando en la lucha, sino como rémora, como lastre. De ahí la decisión de la quema, de ahí la frase del “pirómano”: “ahora ya no tienen nada que perder”. Ergo, a la batalla de nuevo y vuelta a empezar.

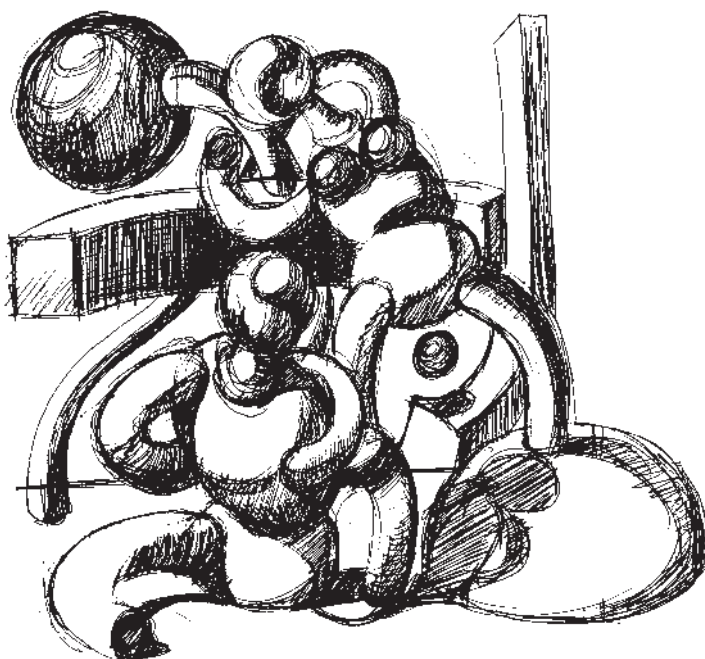
Es inevitable establecer un inmediato e inquietante paralelismo entre esa escena de la película y la realidad de hoy, y de siempre, del movimiento obrero. En los difíciles comienzos, allá por el siglo XIX, las durísimas condiciones de vida a las que se veían sometidos los trabajadores hacían del asociacionismo una necesidad perentoria y vital. Aunque primitivo y endeble, fuera del sindicato no había nada, salvo miseria, explotación y una lucha sin cuartel por la supervivencia. El hambre, pues, fue la primera piedra del *edificio sindical* y de ella, mejor dicho, *contra ella* surgieron los conceptos, las ideas que han dignificado y sostenido la lucha obrera a lo largo de todos estos años: la solidaridad, el apoyo mutuo, la igualdad, la conciencia de clase, la libertad, la revolución social... En aquellos primeros años, los trabajadores creían, sin el menor asomo de duda, que los sindicatos representaban una herramienta poderosa para acabar con el sistema

de explotación capitalista; creían que el problema residía, básicamente, en lograr que *todos* los trabajadores comprendiesen que la asociación representaba el único camino para lograr una vida digna de ser vivida. La idea era sencilla, como una regla de tres simple: si somos nosotros los que trabajamos, si somos nosotros los que sustentamos con nuestro esfuerzo el armazón de la sociedad capitalista, eso quiere decir que, *sin nosotros*, nada funciona. ¿A qué esperamos, entonces? Consecuencia inmediata de esta reflexión es la idea de la huelga como arma fundamental de lucha contra la explotación. Huelgas parciales para reivindicar derechos parciales y, en el horizonte, la huelga general revolucionaria que significaría el comienzo del fin del capitalismo.

Pero bien pronto se veía que el problema no era tan sencillo. La tan deseada unidad de acción y de lucha raras veces se conseguía. Las divisiones empezaron a aflorar, primero entre los propios trabajadores, ya no *todos* se asociaban, y después entre las propias organizaciones obreras. Mientras que unas fundamentaban su acción en conseguir reformas parciales que fueran paliando la dureza de la explotación, otras consideraban que esas reformas lo único que hacían era reafirmar el sistema y que, por consiguiente, era necesario ir más allá, es decir, a por la transformación inmediata de la sociedad. Y aun dentro de éstas, las revolucionarias, tam-

poco todos sus militantes se ponían de acuerdo, ni en el cómo ni en el cuándo acometer la tan deseada revolución. No obstante, las infinitas batallas que libraron, unas y otras, han conseguido, sino el fin de la explotación, sí por lo menos la conquista de algunos derechos. Demasiada gente se quedó por el camino, demasiadas derrotas, demasiados sufrimientos; pero algo se consiguió. Aunque muchas de esas conquistas fueran resultado no de la pelea directamente, sino del *miedo* de los capitalistas.

¿Qué es lo que



ha cambiado desde entonces? ¿Por qué hoy, a cualquiera que pretenda invocar, aun en charlas de café, aquellos conceptos de apoyo mutuo, lucha de clases, etc, se le tilda de iluso, trasnochado, arcaico, dinosaurio y un sin fin de epítetos similares? ¿Habremos conseguido, por ventura, acabar con la miseria, con la explotación? ¿Vivimos bien los trabajadores de hoy? Cuando, con amargura, decimos que se están dilapidando derechos que han costado sangre, no es porque tengamos una especial predilección por dramatizar las cosas, sino porque queremos reflejar la estafa que estamos cometiendo; en definitiva, que estamos viviendo de rentas, de las luchas de otras gentes, en la creencia-ilusión de que la época del enfrentamiento ya ha pasado, que ya no existe la lucha de clases, que ya no

hay barricadas, que somos libres, que el empresario ya no es un enemigo...

Tengo la sensación de que los trabajadores funcionamos como los campesinos de la película a la que antes hacía mención. Las pocas conquistas que se han conseguido arrancar al capital, en vez de servir de base, de impulso para ahondar en la herida, a unos acomoda y a otros les produce miedo el perderlas si continúan con la pelea, con la sustancial diferencia de que, en la película, ellos se lo habían ganado a pulso y los trabajadores de hoy no. Y es en este sentido en el que los sindicatos actúan no como herramientas revolucionarias, sino como simples gestoras del acomodamiento, de la modorra, del conservadurismo falso, del miedo. No son, desde luego, los trabajadores

sindicados de las grandes y medianas empresas los que van a cambiar el mundo, ni siquiera aquellos pocos concienciados que militan en los sindicatos *pretendidamente* revolucionarios. A la vista de lo que está sucediendo y de lo que parece una constante histórica dentro del movimiento obrero (ya Marx había cometido el error de predecir que serían los obreros alemanes organizados y concienciados los que darían el primer paso hacia la revolución), si los que no tienen nada que perder no reaccionan, no hay nada que hacer. Y si éstos mismos no militan en los sindicatos, sobran los sindicalistas. A menos que sepamos dónde está la lana y tengamos el coraje suficiente para quemarla.

MIGUEL CARBALLIDO

EL ANARCOSINDICALISMO SE MANIFIESTA, EN SOLITARIO Y EN SOLIDARIO

Texto de Miguel con Javier Prieto (colaboración que fue frecuente), publicado en La Campana nº 36, del 02-12-96

Por fin los *anarcosindicalistas* de Galicia hemos decidido liberarnos de nuestros complejos y salir a la calle para mostrar públicamente que existimos, después de varios años en que nuestra presencia se venía limitando a publicaciones (folletos, revistas, carteles, etc), a esporádicas concentraciones ante empresas con problemáticas laborales de diferentes tipos, a ir dentro de

las *movilizaciones* convocadas por otras organizaciones sindicales o sociales, o conjuntamente con ellas, y a la propia labor que los militantes anarcosindicalistas desarrollan en los centros de trabajo.

Con motivo de la campaña impulsada por la CGT “Por nuestros derechos, contra la exclusión social”, los militantes de esta organización en Galicia nos hemos dado cuenta de que ya era hora de iniciar un cambio en nuestra estrategia de presencia pública. Sin arredrarnos ante las dificultades que la empresa llevaba implícitas, al ser muy conscientes de nuestra escasa implantación social en esta zona, decidimos salir a la calle, aunque fuese en solitario, y demostrar que todavía queda mucha gente dispuesta a luchar decididamente y sin contemplaciones contra la *suciedad* que las políticas neoliberales intentan imponer.

La primera actuación realizada fue la ocupación simbólica de la Delegación de Hacienda en la ciudad de Vigo. Una treintena de militantes de CGT ocupamos el vestíbulo de este organismo durante un par de horas, repartiendo entre el público y los trabajadores folletos alusivos a la defensa del sistema público de pensiones y de las empresas y servicios públicos. La elección de la Delegación de Hacienda para realizar este acto de protesta no es una cuestión baladí, al ser precisamente



ésta un instrumento básico de la política económica de todos los gobiernos, que, como es sabido, consiste en recaudar dinero público que luego se desvía a la financiación de empresas privadas en vez de destinarlo a prestaciones sociales. O lo que es lo mismo, este organismo es la piedra angular de la estrategia neoliberal de *no reparto de la riqueza*.

Continuamos con la presentación de la campaña realizando charlas-debate en distintas asociaciones vecinales de la ciudad de Vigo y su comarca para incidir una vez más en la necesidad de iniciar una movilización real de la sociedad, capaz, cuando menos, de frenar la cuesta abajo por la que el capital pretende llevarnos; capaz, cuando menos, de hacer caer en la cuenta a la gente de que a ese infernal tren (privatizado) de *modernidad y progreso*, presentado por la propaganda capitalista como imparable, es mejor no subirse porque sólo un descerebrado querría subirse a algo que no se puede parar.

También realizamos una manifestación en Vigo el día 1 de diciembre. La escasa participación, poco más de 200 personas, no impidió la exigencia de movilización, pelea, dignidad y respeto; respeto a todas aquellas personas que llegaron al extremo de sacrificar sus vidas luchando por arrancar al capital unos derechos que hoy están desapareciendo por mor del ataque frontal de empresarios y gobiernos, pero también debido, en gran parte, a la pasividad y sumisión de la mayoría de los trabajadores; dignidad para que no nos conviertan en meras mercancías que se compran y se venden. Los fallos organizativos, consecuencia del óxido acumulado por la falta de costumbre, no empañaron un ápice la presencia en la calle, sino que animaron a que en futuras convocatorias se haga mejor.

Las consecuencias que de este tipo de actos se derivan, no se pueden saber con exactitud todavía, pero de lo que sí estamos convencidos es de que es el único camino a seguir por los anarcosindicalistas si no queremos, no ya perder la poca capacidad que tenemos de influir en la sociedad, sino incluso desaparecer al no ser capaces de llegar con nuestro mensaje a los trabajadores. No obstante, es necesario señalar desde ahora mismo que esta campaña ha tenido ya dos consecuencias claras: la primera, que UGT y CCOO (sobre todo CCOO, obligados a explicar lo inexplicable de su convocatoria de huelga general en el 85 y su firma de ahora)

han tenido que salir al paso y convocar charlas informativas sobre el vergonzante acuerdo con el gobierno que supone un recorte de las pensiones mucho mayor que el del año 85; la segunda, que la CIG



se ha visto obligada, consecuentemente con su estrategia de aparecer ante los trabajadores como alternativa a CCOO y a UGT, a convocar una manifestación en Vigo, mimetizando su discurso y sus reivindicaciones con los de la CGT, aunque encorsetándolos, claro está, dentro del ámbito de la *patria gallega*. Parece que algo se mueve en la ciénaga del sindicalismo mayoritario.

Pero hubo algo en la manifestación del día 1 que queremos señalar especialmente, recurriendo al conocido dicho de que *somos todos los que estamos, pero no estamos todos los que somos*. Echamos de menos a muchas personas, entre ellas a algunos afiliados y militantes de CGT, lo cual demuestra una vez más la responsabilidad que en todo este proceso de deterioro de las condiciones de vida y trabajo tienen los propios trabajadores. Normalmente, cuando se habla de lo mal que va todo, de lo corrupto que es el gobierno de turno, de las traiciones de los sindicatos mayoritarios, etc, la gran mayoría de los trabajadores se sitúa en el papel de víctima inocente de toda culpa, olvidándose de que alguien que no pelea no tiene derecho a sentirse vendido o traicionado.

Y también echamos de menos a los militantes de otra organización anarcosindicalista con presencia en Galicia, la CNT. Aún a riesgo de parecer ilusos, algunos de los que allí estábamos teníamos la secreta esperanza de que se unieran a nosotros en la manifestación, de que por un momento se olvidaran de lo nimio de lo que nos separa y pusieran por delante lo mucho que nos une: la necesidad urgente de romper el espeso silencio de cementerio que *desde arriba* se nos impone, la necesidad urgente de la pelea por una sociedad libre, justa y solidaria; la necesidad urgente, en fin, de acabar con el sindicalismo sumiso y entreguista de los sindicatos mayoritarios. Una vez más, desde estas páginas, hacemos un llamamiento a los compañeros de CNT para luchar conjuntamente contra el capital, en defensa de los intereses de la clase trabajadora, a luchar por nuestros derechos, a luchar contra la exclusión social.

Para que la próxima vez podamos escuchar juntos "*A las barricadas*".

JAVIER PRIETO y MIGUEL CARBALLIDO

DICEN LOS GOBERNANTES QUE EL PROBLEMA SOLO ES ETA

Publicado en el Dossier nº 8 de La Campana (IIª Época, 3º Semestre, de julio de 2007):

Voces Insumisas I - Contra la Ley del Número.

En su sano juicio, el que esto escribe jamás sometería a un ser humano, ni a ningún otro animal, a un proceso de tortura física y psicológica como el que ETA sometió a Ortega Lara; y tampoco sería capaz de descerrajarle un tiro en la cabeza a una persona maniatada, arrodillada, indefensa, tal y como ETA hizo con Miguel Ángel Blanco. En su sano juicio, el que esto escribe se alegró de la liberación del primero y se entristeció con la muerte del segundo. Pero, aún partiendo de estos principios éticos, jamás me he puesto ningún lazo azul, ni participé en ninguna concentración, ni guardé ningún minuto de silencio exigiendo la libertad del primero, así como tampoco me puse ningún lazo negro ni participé en ninguna manifestación de *manos blancas* en protesta por la muerte del segundo. Habrá muchos que, haciéndose eco de las consignas político-mediáticas, califiquen esta actitud como un *silencio cómplice y cobarde*, olvidándose, interesadamente en unos casos, estúpidamente en los más, de que si de silencios, complicidades y cobardías se trata, es a otro lado donde hay que apuntar, son otros los que nos deben, a todos, muchas explicaciones, es a otros a los que hay que exigirles que rompan tantos y tan nauseabundos pactos de silencio.

Todavía recuerdo con horror muchos asesinatos que ETA cometió para mayor gloria de su causa *nacional-socialista*, entre ellos, especialmente el de Yoyes y los de Hipercor. Pero con el mismo horror recuerdo los asesinatos cometidos por el Estado en aras de la causa *nacional-capitalista*, en unos directo protagonista y en otros cómplice vergonzante: la tortura hasta la muerte de Agustín Rueda; los *accidentados* del Scala; el secuestro, tortura, tiro en la nuca y entierro en cal viva de Lasa y Zabala; el *ahogamiento* en el Bidasoa de Mikel Zabala; la ejecución de Josu Muguruza; los suicidios en la cárcel de José Ramón Goicoechea, Mikel Lopetegui y José María Aranzamendi... Nunca vi ni un solo lazo azul, ni una sola concentración de los *manos blancas* ante las cárceles en señal de protesta por la privación de libertad de los insumisos o por la situación de los presos F.I.E.S.; ni un solo lazo negro, ni un minuto de silencio, ni tan siquiera diez minutos de paro, ni una sola manifestación de las *blancas manos* por los muertos de la guerra del Golfo, por

los muertos de las pateras en el Estrecho, por los muertos del MRTA en la embajada japonesa de Lima ...

Aún tengo más razones para explicar mi ausencia de la histeria colectiva que se ha organizado durante estos días: la negación más absoluta a servirle de coartada al Gobierno para que pesque en río revuelto, es decir, para no ser un culpable más del endurecimiento del Código Penal para con los *radicales* (que no serán sólo ETA, HB o Jarrai, sino todos nosotros, como lo demuestra lo sucedido con la *Ley Corcuera*), para no ser un culpable más de la subida en la intención de voto al PP; el desprecio más absoluto al modo en cómo el Gobierno ha sacrificado despiadada y metódicamente a uno de los suyos por una razón de Estado, por no ceder al chantaje, también despiadado y metódico al que le sometía ETA. Miguel Ángel Blanco ha muerto porque su partido no consideró su vida lo suficientemente valiosa como para acceder al acercamiento de los presos etarras a Euskadi. Como tantos otros, ha muerto porque tuvo la desgracia de caer en medio del fuego cruzado de dos locuras nacionales, a cada cual más cruel: la de ETA y la del Gobierno; el rechazo más absoluto a coincidir con personas en las que, tras el lazo negro y las manos blancas, reconozco las mismas caras que me miran con desprecio cuando me ven pasar en las manifestaciones contra el paro, contra los asesinatos de los Túpac Amaru, contra la OTAN; cuando me ven en las concentraciones en protesta contra algún compañero despedido ...

Pero, por encima de esas razones, el miedo. El miedo a que las muchedumbres alienten al Gobierno o a cualquiera de sus secuaces, a cometer excesos (por lo de pronto, ya nos han colado silenciosamente la ley de vídeo-vigilancia en las calles). Miedo a que Pedro Lizarra (La Campana, núm. 42) se equivoque cuando dice "*las bombas, los secuestros o los asesinatos de ETA no pueden servir de tapadera o disculpa para otros crímenes, tanto más repugnantes cuanto se cometen desde la fuerza casi omnímoda del estado y en nombre y representación de quienes han votado y elegido a los presuntos responsables*".

MIGUEL CARBALLIDO

SE PUEDE GANAR PERDIENDO

Artículo publicado en La Campana, II Época, nº 137, del 27.03.2000

Confieso que se me iluminaron los ojos y se me aceleró el corazón de alegría cuando leí la propuesta sobre la convocatoria de una huelga general realizada por los compañeros del Sindicato del Metal de la CGT de Valladolid. Son esas ocasiones en las que uno se siente atrapado e impotente por una situación, por una realidad abrumadora y negativa, sin saber muy bien por donde tirar o qué camino tomar, pero intuyendo, allá en lo más profundo, cuál sería la dirección correcta sin más concreción que unos vagos pensamientos rápidamente rechazados por el cerebro. De repente, alguien dice algo en donde ves, con asombro por la sencillez y claridad, reflejada aquella intuición que pugnaba por salir a flote. ¡Claro! ¡Es eso! ¿Por qué no? ¿Por qué no una huelga general? ¿Por qué no una huelga general convocada por la CGT? **¿Por qué no una huelga general convocada por el anarcosindicalismo?**

Hace ya bastantes años que la CGT viene sosteniendo una dura lucha por *ofrecerse* a los trabajadores como herramienta eficaz y adecuada para la defensa de sus derechos, de sus intereses de clase; una herramienta compuesta, organizada y moldeada por ellos mismos, por nosotros mismos; una organización libre, viva, y por ello en permanente tensión, en la que se han dado y se dan todos aquellos debates que tienen que ver, que afectan directamente, que condicionan su vida, nuestra vida, de trabajadores. En todos estos años, la CGT se ha partido el alma y el corazón en miles de pequeñas y grandes batallas sin pararse a pensar cuáles serían sus resultados prácticos (es decir, sin pragmatismos), tan sólo con la firmeza que daba el saber que eran luchas necesarias, vitales, para los trabajadores. En todas ellas, aún en las muchas que se perdieron, la CGT salió fortalecida, en ocasiones no inmediatamente, con mayor afiliación, con mayor militancia, con más armas de organización *de combate*, de defensa de los trabajadores; en todas ellas, la CGT ganó la simpatía, la credibilidad, la confianza de los trabajadores, algo fundamental, que otras organizaciones sindicales perdieron y siguen perdiendo, para poder emprender otras luchas, otras metas mayores; en todas ellas quedó un poso en la mente de los trabajadores, incluso en aquellos que no se afilian: *todavía queda algo, aún no está todo perdido, todavía se puede.*

Me atrevo a afirmar que son miles los trabajadores que están en ese proceso de observación de la trayectoria de la CGT. Son trabajadores castigados duramente durante años por la desilusión, por la pasividad, por el abandono, por la falta de horizontes, por la falta de espejos limpios donde mirarse y reconocerse; son trabajadores víctimas de la derrota del comunismo, de la traición de la izquierda, de la sumisión de los sindicatos. Son trabajadores que todavía nos ven con el

escepticismo lógico del gato escaldado no una, sino varias veces. Por ellos, por nosotros mismos que los necesitamos a ellos para ser más nosotros, la CGT tiene que seguir asumiendo la responsabilidad y el compromiso de mantener viva la llama del *todavía se puede*, incidiendo mucho más en el mensaje de que la alternativa no descansa en personas más honradas que otras, sino en el modelo organizativo anarcosindicalista, un modelo organizativo que garantiza la plena libertad de los asociados, es decir, que la CGT es una asociación de libertades, una por cada afiliado.

En este contexto, la ocasión que nos brinda la convocatoria de una huelga general es magnífica y no deberíamos dejarla escapar, ni siquiera posponerla a la espera de tiempos mejores que nunca llegan, que nunca llegarán si no los forzamos aquí y ahora.

Y digo que es magnífica por varias razones:

- Porque la CGT puede continuar *ofreciéndose* como organización obrera comprometida hasta el tuétano en la defensa de los trabajadores, pero en esta ocasión dando un paso más, yendo un poco más allá de las manifestaciones puntuales del 1º de Mayo o de algún sector, de los conflictos aislados sin apenas repercusión fuera de su ámbito, de las campañas en las que su mensaje se ve difuminado, y en ocasiones perdido, en una maraña de siglas. La huelga general aunaría, condensaría en una sola lucha y en una sola dirección todos los conflictos en los que actualmente está inmersa la organización.

- Porque el hecho de que toda la organización se pusiera a trabajar en la misma idea serviría como elemento para conseguir la tan nombrada y necesaria cohesión interna. No hay nada mejor para fortalecer los lazos de solidaridad y compañerismo que ponerse a trabajar todos, hombro con hombro, en el mismo tajo.

- Porque al mismo tiempo que nosotros debatimos, sacamos fuera de nuestros locales, trasladamos al resto de los trabajadores, todas nuestras inquietudes y dudas, haciéndoles partícipes de ellas, obligándoles a debatir con nosotros y nosotros con ellos. La lucha y la conciencia son vasos comunicantes, desde cualquier punto que se parta es un viaje con billete de ida y vuelta.

- Porque nos serviría para iniciar un camino que cada vez se torna más necesario, más acuciante para empezar a ganar algo: el camino de la ofensiva. Hasta ahora, no sólo la CGT, sino la clase trabajadora en su conjunto, siempre nos hemos planteado las luchas como defensivas, siempre a remolque de los *decididores*, siempre como reacción ante hechos consumados y decididos con antelación por el capital.

Dispuesto así el campo de batalla, las reglas del juego, tenemos siempre todos los boletos para perder porque nuestras respuestas entran dentro de lo previsible y no hay apenas margen para la sorpresa. ¿Quién no se ha planteado nunca, siquiera en voz baja, que la mayor parte de nuestra actividad sindical está enfocada a exigir el cumplimiento de las leyes, de *sus* leyes? ¿Quién no ha sentido nunca esa especie de plomo en

las alas, esa especie de techo de cristal intraspasable a la hora de plantearse una estrategia de lucha? Dicho de otro modo, ¿quién se atreve a plantear una pelea, en cualquier ámbito, sin tener la asesoría jurídica bien cerca?.

Los compañeros de Valladolid finalizaban su propuesta con la frase "*recuperemos la esencia del anarcosindicalismo*", frase que yo comparto plenamente.

Pero para que ello sea posible creo necesario añadir al debate un elemento más, del que sólo me limitaré a enunciarlo ahora; un elemento más para este debate que entroncaría con otro *viejo* debate de La Campana: una huelga general convocada por la CGT en solitario.... ¿o en unidad de acción con la CNT y Solidaridad Obrera?

MIGUEL CARBALLIDO

EL ANARCOSINDICALISMO y LOS JUZGADOS

Artículo publicado en La Campana, II Época, nº 24, del 22.07.1996

Cuentan los *militantes antiguos*, los que tuvieron la suerte de vivir en plenitud la época de ilusiones de la segunda mitad de los años 70, que se organizaban auténticos debates sobre asuntos que hoy nos hacen esbozar una sonrisa entre apenada y burlona. Por ejemplo, había compañeros a los que no le cabía en la cabeza que una organización revolucionaria como la CNT pudiera tener abierta una cuenta corriente en un banco. ¿No es acaso la Banca uno de nuestros principales enemigos?, ¿cómo vamos a dejar que aumenten su poder manejando el dinero de las sufridas cotizaciones de todos nosotros?, se preguntaban incrédulos. Lejos queda ya aquella época en la que absolutamente todo se pasaba por el tamiz de la pureza ideológica.

Habida cuenta de que en un mundo tan guarro como el que nos toca vivir, toda pureza se convierte casi automáticamente en esterilidad y que la batalla diaria por la supervivencia es imposible librarla sin *mancharse*, hemos caminado entre mancha y mancha hasta llegar a estos tiempos en los que prácticamente todos los sindicatos utilizan la cobertura que otorgan determinados enemigos, ya sea la Banca, el aparato del Estado o incluso las propias empresas, para su propio funcionamiento y organización. Todo esto es considerado como normal en tanto en cuanto no suponga interferencias o ataduras para la independencia, crecimiento y capacidad de maniobra de los sindicatos.

Pero a lo largo de todos estos años se ha ido fraguando una lenta y, al parecer, inexorable transformación de la forma de hacer sindicalismo que, más que mancha, constituye un *dejar de ser*, una corrupción. El anarcosindicalismo siempre ha tenido como referencia la acción directa como táctica de lucha contra el capital, dejando abierta, no obstante, la posibilidad de acudir a otros métodos indirectos, bien de forma paralela, bien de forma exclusiva cuando aquélla era de difícil o imposible realización. En aquellos años, se tenía plena consciencia de que los asuntos que no se pudieran resolver a través de la acción sindical en las empresas,

difícilmente se iban a poder ganar en los juzgados. También se tenía clara la frontera entre lo sindical y lo judicial y, así, cuando un trabajador tenía algún problema, primero se trataba en el sindicato y en él se decidía si era prudente que el abogado interviniese para plantear el asunto en el juzgado. Hoy, esa frontera prácticamente ha desaparecido y a pocos de nosotros nos provoca inquietud. Se pueden ver a muchos más trabajadores en cualquiera de las salas de los juzgados de lo social que en los propios locales sindicales, convirtiendo la lucha de clases en una estéril batalla judicial. La gran mayoría de los trabajadores se afilian teniendo en mente la asesoría jurídica del sindicato y acuden a él sólo para plantear su problema al abogado de turno. Un ejemplo definitorio y rotundo de lo que está pasando en todas partes y todo los días, lo he podido observar hace pocos días en la Federación Local de la CGT de Vigo:

Un trabajador de la construcción, con contrato por obra del que ni siquiera tiene copia y, por consiguiente, no tiene ni idea de qué obra se trata. El empresario le obliga a comprarse su propia ropa de trabajo e incluso alguna que otra herramienta. La seguridad e higiene en el trabajo, inexistente. La representación sindical, pura ciencia ficción. Horas extras, al menos dos diarias cobradas a mitad de precio y fuera de nómina. El empresario le descuenta de manera arbitraria de su nómina una cantidad. El trabajador exige una aclaración. Despido inmediato y sin carta de despido que al día siguiente le entrega *aclarando* el motivo del despido. Por agresión e insultos, dice. Reacción del trabajador: el abogado. Demanda de conciliación ante el S.M.A.C. Futuro del caso: si el empresario chantajea a los compañeros para que testifiquen la agresión, despido procedente y un trabajador más en paro; si no lo consigue, despido improcedente, unas pesetillas de indemnización e igualmente un trabajador más en paro.

¿El sindicato? Mudo, ciego, como si no existiera.

MIGUEL CARBALLIDO

90 DÍAS DE LUCHA EN FRIGALSA

Publicado en el Dossier nº 14 - Voces Insumisas III - Frigalsa: la dura lucha por la dignidad obrera, el 07.12.1998

ESCENARIO: Una mesa ovalada en una pequeña sala en la sede de la Delegación viguesa de la Consellería de Xustiza, Interior e Relacións Laborais (aquí, en Galicia, no se andan con zarandajas ni disimulos institucionales. Los problemas laborales se atajan, antes de que nazcan, como Dios manda, con control policial y judicial).

PROTAGONISTAS: A un lado de la mesa, varios trabajadores de Frigalsa, miembros del Comité de Huelga. Al otro lado, en el centro, el Director General de la empresa, flanqueado, a derecha y a izquierda, por sus directivos.

DIÁLOGO:

- Portavoz del Comité de Huelga: *Debe considerar la empresa la injusta situación de una trabajadora de la limpieza que, cercana su jubilación, lleva 20 años trabajando en la empresa y todavía no ha cubierto el período mínimo de 15 años necesario para tener derecho a la pensión.*

- Director General de Frigalsa: *¡Ya está bien!. No aguanto más esta situación. Pero, ¿qué se han creído ustedes que es Frigalsa, una empresa o una asociación de beneficencia?*

La *huelga* que han mantenido los trabajadores fijos discontinuos de la empresa ubicada en la Ría de Vigo, Frigoríficos de Galicia, S.A. (FRIGALSA), desde el día 1 de septiembre hasta el 1 de diciembre, se ha ganado ya a pulso el calificativo de épica, por su duración, por su intención y, sobre todo, por su intensidad. Por su duración, porque en los últimos sesenta años se pueden contar con los dedos de las manos las huelgas que se han extendido tanto en el tiempo; por su intención, porque en una época como ésta en la que impera el darwinismo social más abyecto, con la ilusión democrática a modo de piel de cordero, el

hecho de que un pequeño grupo de trabajadores portuarios decida ponerse en pie y plantarle cara a la injusticia, a la insolidaridad y al sometimiento, es decir, solos contra el mundo, es lo más anormal que imaginarse pueda; por su intensidad, porque a lo largo de estos tres meses, los huelguistas han tenido que preguntarse, día a día, a dónde han ido a parar derechos conquistados tras más de siglo y medio de lucha obrera, especialmente el más fundamental de ellos, el mismísimo derecho de huelga, despreciado y pisoteado por la empresa, y, a pesar de todo, han aguantado sin desfallecer; ítem más, han podido comprobar el grado de podredumbre que se esconde bajo la cara lavada y recién peinada de la democracia capitalista, pues una simple decisión de convocar una pequeña huelga en una pequeña empresa ha servido para hacer aflorar todo el mundo de mierda que ha generado siempre *la mano invisible* del mercado libre: división de los trabajadores por la naturaleza de su contrato, sindicalismo amarillo, mafia patronal apoyada por la policía y la administración (estatal y autonómica), esquirolaje armado con cadenas, palos y otros objetos contundentes, amenazas y chantajes a huelguistas, aparición de sindicatos *libres* (¡sólo faltan el ejército y la iglesia!)... En resumen, miedo y miseria moral por doquier.

Pero, no crea nadie que todo lo que antecede se ha podido contemplar fácilmente, a vista de pájaro. Al Capital todavía le preocupa, por estos pagos, mantener cierto disimulo, y copia, a pequeña escala, las estrategias ganadoras del Gran Maestro, el Gran Hermano Americano. Al igual que éste utiliza a la ONU y a la *Comunidad*



Internacional como felpudos en los que limpiarse la bota militar que aplasta a libios, iraquíes y demás lumpen, así Frigalsa ha utilizado sus propios felpudos para limpiar sus zapatitos corteinglés manchados de sudor obrero; a saber, la Confederación Intersindical Galega (CIG), el Comité de Empresa (nunca mejor dicho), la Inspección de Trabajo, la Delegación de la Consellería de Bla, Bla y Bla, y la Subdelegación del Gobierno y su brazo armado, la policía. En esta ocasión, es de justicia reconocerlo, a la UGT no la ha utilizado como vulgar felpudo, sino, a

lo sumo, como pañuelo de mano perfumado con una delicada fragancia de sindicato histórico. Entre todos han ido tejiendo una tupida tela de araña cuyos hilos eran interpretaciones de normas, leyes y reales decretos, informes de prestigiosos juristas, catedráticos, jueces y abogados, y variada jurisprudencia de augustos tribunales, cuyo fin común

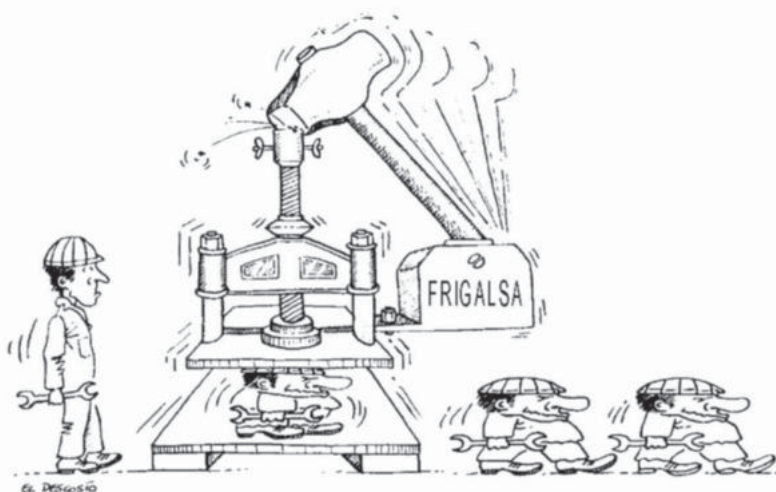
consistía en demostrar que la actuación de la empresa se ajustaba a la más estricta legalidad incluso cuando prohibía la entrada en la empresa al Comité de Huelga, cuando sustituía a los huelguistas por trabajadores ajenos, cuando desconvocaba la huelga sin pensar, ni siquiera por un momento, qué demonios pinta un Comité de Huelga

en todo este embrollo, cuando declaraba la huelga ilegal sin pensar, ni siquiera dos momentos, qué rayos pintan los jueces en esto de las leyes, cuando amenazaba a los huelguistas con el despido si no volvían al trabajo...

Con todo este panorama, cabría preguntarse cuál fue el fallo de Frigalsa para que, a pesar de todo, los huelguistas hayan conseguido arrancarle un acuerdo medianamente satisfactorio para ellos. La empresa no cometió un fallo, sino dos. El primero, no contar con que los huelguistas tuvieran la fuerza que dan la razón y la

dignidad. El segundo, no contar con la actuación del único Sindicato, esto es, organización obrera, con presencia en su seno, la Confederación General del Trabajo (CGT). Creyó derrotarlo cuando consiguió doblegar la resistencia de su representante en el Comité de Empresa, y se relamió de gusto cuando, una vez dimitido aquél, su sustituto se convirtió

en monigote de feria en sus manos. Pero, ni siquiera en sueños, se imaginó que la CGT pudiera tener un *antivirus* contra la peste electoralista: la indisoluble unión de la Sección Sindical con el Sindicato a través de la solidaridad, el apoyo mutuo y la autogestión. Sorpresas que da el anarcosindicalismo, la fuerza de los trabajadores.

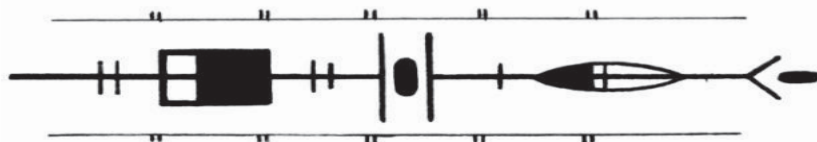


ESCENARIO: Carretera estrecha en las inmediaciones de la Empresa Frigalsa.

PROTAGONISTAS: A un lado de la carretera, un grupo de trabajadores huelguistas, integrantes de un piquete informativo. Al otro lado, dos guardias de seguridad contratados por la empresa para la ocasión. Pasa un coche con un esquírol dentro y vuela una piedrecita que no llega a impactar en el coche y cae cerca de los guardias, que se acercan a recogerla, la guardan y llaman por radio a la empresa.

DIÁLOGO:

- Un huelguista: *Ya vais a dar el chivatazo ¿no?. Os pagan para jodernos a nosotros y encima os llamáis trabajadores, y seguramente afiliados a algún sindicato.*
- Guardia 1: *Pues sí, yo estoy afiliado a la UGT.*
- Guardia 2: *Y yo a la CIG.*
- Huelguista: *Pues ya podías apoyarnos un poco y hacer la vista gorda, porque aquí hay compañeros de la UGT.*
- Guardia 1: *Yo no pertenezco a la misma Federación.*
- Guardia 2: *Claro.*



Cuaderno 
especial Miguel Carballido

Breve antología de artículos de Miguel Carballido publicados en La Campana en defensa de la acción anarcosindicalista.